

Lutero se muestra partidario de un método de traducción no literalista, sino más bien «pastoral», una traducción que tenga en cuenta el alemán de la gente sencilla, de la *madre en casa*, de los *niños en la calle* y del *hombre común en el mercado* (p. 79). Por ello Lutero tiene en muy alta estima la labor del traductor: *para traducir hace falta un corazón bastante recto, fiel, diligente, respetuoso, cristiano, instruido, experimentado y ejercitado* (p. 95).

Junto al tema principal (los criterios de traducción) se encuentran comentarios muy interesantes sobre cuestiones fundamentales del pensamiento luterano. No en vano, el reformador se defiende —nada menos— de haber traducido que el hombre se justifica por la «fe sola», verdadero quicio de la antropología teológica de Lutero. Aparecen también jugosos comentarios acerca de la figura de la Virgen María, de su enfrentamiento con Hyeronimus Emser (quien publicó otra traducción del Nuevo Testamento en la que seguía al pie de la letra algunas de las traducciones de Lutero) y sobre el culto a los santos y la oración de intercesión a la que dedica la última parte de la carta. En este sentido es una obrita polémica, de un Lutero aún muy combativo.

Esta edición tiene varias ventajas que debemos destacar: el hecho de ser una edición bilingüe con el texto alemán y la traducción en paralelo (incluso de la introducción); la explicación del traductor acerca de los criterios y dificultades de su traducción (el tono arcaico del alemán de Lutero, su oralidad, los vulgarismos —cuando no groserismos—, la dificultad de mantener la peculiaridad de sus traducciones bíblicas, etc.); y, sobre todo, el glosario de expresiones alemanas difíciles (pp. 127-134), usadas por Lutero y la pertinente explicación de su sentido literal y de la traducción al castellano. Todo ello hace de esta obrita un instrumento muy valioso para los estudiantes de alemán, para los teólogos e historiadores de la Iglesia, interesados en este período y también, aunque más indirectamente, para los interesados en cuestiones de traducción y hermenéutica bíblicas.

Junto a la reciente reedición de la magnífica traducción de algunas obras de Lutero llevada a cabo por T. Egido (LUTERO, *Obras*, Salamanca 2001), en la que ya se incluía la *Misiva sobre el arte de traducir* (pp. 306-318); o a las distintas ediciones de los *Escritos políticos* de Lutero preparadas por J. Abellán para Tecnos —por poner sólo dos ejemplos— esta obra es una muestra del interés que despiertan los textos del reformador y de la cada vez mayor posibilidad de acceso a los mismos en español. Sólo nos queda felicitar cordialmente a los editores de esta colección y augurarles la misma calidad en los textos que vayan apareciendo próximamente.—FERNANDO MILLÁN ROMERAL.

LEANDRO HIGUERUELA DEL PINO, *La Iglesia en Castilla-La Mancha. La Diócesis de Toledo en la Edad Contemporánea (1776-1995)* (Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Monografías 21, vols. I y II, 2003), 1.259 pp. ISBN: 84-7788-290-8.

Desde que defendió su tesis doctoral en 1973 sobre el clero toledano, el profesor Higuera no ha dejado de realizar investigaciones y publicaciones sobre la historia eclesial española, centradas con preferencia en la Diócesis de Toledo. Una obra de envergadura como la que ahora nos ofrece no se puede improvisar. Es el resulta-

do de treinta años de trabajo, con el conocimiento que da el estudio constante y muchos años de docencia universitaria. El acervo de datos adquiridos en esos años de investigación histórica constituye la base de la obra; pero es evidente que una síntesis tan amplia como la que aquí se nos ofrece exige un trabajo añadido para conseguir una exposición completa, equilibrada y actualizada. No es fácil escribir una historia de la Iglesia, en un tiempo tan conflictivo y dilatado como la edad contemporánea, en un territorio tan extenso como el de la diócesis primada, y sobre una temática en la que se cruzan las creencias religiosas, las influencias políticas, los momentos de persecución, las orientaciones doctrinales, la cultura, la espiritualidad, la propaganda, la acción social, la religiosidad popular, el liderazgo de los arzobispos, la acción del clero secular y regular, la intervención de los seglares, y otros muchos factores. A todo ello atiende debidamente el autor, por lo que puede decirse que ha logrado cumplidamente sus objetivos.

Por fortuna, una obra como la que aquí presentamos ha encontrado un espléndido apoyo institucional. Los dos volúmenes han sido lujosamente editados por el Servicio de Publicaciones de la Junta de las Comunidades de Castilla-La Mancha. El Presidente Don José Bono ha escrito la presentación del libro, indicando con mucho acierto dos importantes consideraciones: «que el tópico de una Iglesia cerrada en sí misma, impermeable a los cambios sociales es radicalmente falso»; y que «nadie que quiera conocer realmente la historia de España o de algunos de sus territorios en ningún momento del pasado podrá eludir la referencia a esta institución».

La obra está muy bien estructurada en sucesivos períodos cronológicos ajustados a los de la Historia de España. El volumen I: «Poder político y reforma eclesiástica (1779-1875)», consta de dos partes. La primera: del Antiguo al Nuevo Régimen, llega hasta 1836, cuando se consuma la desarticulación de la Iglesia impuesta por los gobiernos liberales con la desamortización y la excomunión. La segunda: la era isabelina, con un concordato discutido, se prolonga con el sexenio revolucionario, hasta 1874. El volumen II: «La Iglesia y el reto de la modernidad», comprende la tercera parte: «Restauración política y renovación religiosa», que llena toda la restauración alfonsina; y la cuarta parte: «De la segunda República al Reinado de Juan Carlos I», que incluye etapas muy dispares y se cierra con el pontificado de don Marcelo González, hasta 1995.

Cada una de estas partes se divide en ocho o nueve epígrafes, que a su vez quedan desmenuzados en numerosos apartados. De este modo se logra una periodización en la que fluyen ordenadamente la progresión cronológica, la serie de los arzobispos, y los aspectos más relevantes de cada momento, como pueden ser algunos acontecimientos de capital importancia (afrancesamiento, purificación política del clero, excomunión, desamortización, restauración de comunidades, persecución religiosa en la guerra civil), los criterios disciplinares (rigorismo, relajación), las realidades culturales (fundación y evolución del seminario, publicaciones y revistas), las corrientes pastorales (catequesis, misiones populares), y toda clase de asociaciones (movimiento católico, apostolado de la oración, círculos y sindicatos, acción católica, cursillos de cristiandad). También se ofrecen noticias sobre la geografía de la diócesis, su organización administrativa y frecuentes datos económicos sobre el sostenimiento del clero y su nivel de vida.

Esta temática tan variada queda bien engranada en lo que podíamos llamar el espíritu religioso dominante en cada época: desde el reformismo ilustrado o liberal de principios del XIX, hasta la pastoral de reconquista de las masas que se estilaba después,

y cede en los últimos tiempos a la renovación y crisis del Vaticano II. La diócesis toledana es un buen resonador de los problemas de la Iglesia universal y española. De la Iglesia muy politizada en casi todo el siglo XIX (la que se describe en el volumen I) se ha ido pasando a una Iglesia más volcada a los servicios pastorales y sociales (como se aprecia en buena parte del volumen II).

Las dos columnas documentales del trabajo son los fondos manuscritos del Archivo Diocesano de Toledo (el Simancas de Castilla-La Mancha), y el Boletín Eclesiástico del Arzobispado de Toledo, que ha sido utilizado con destreza por el autor, lo que le ha permitido obtener una preciosa información y llenar muchas lagunas. El autor aprovecha bien la bibliografía complementaria, aunque es claro que una obra de conjunto no puede ser exhaustiva. El último capítulo se dedica al largo pontificado de don Marcelo (1972-1995), del que se hace un resumen muy positivo, teniendo en cuenta su legado cultural, su actitud de cercanía con todos (que le ha merecido la amistad y colaboración de las autoridades) y una actividad demostrada con hechos. Un seminario que, en tiempos de sequía vocacional, ha dado 414 sacerdotes (384 diocesanos) es sin duda un hecho interpelante.

Por último, hay que destacar las numerosas ilustraciones, grabados, cuadros o fotografías de personas, edificios o tipos populares; reproducciones de libros, revistas y hojas sueltas. Estas ilustraciones se agrupan en apartados temáticos, que facilitan una explicación visualizada de los asuntos más importantes.—M. REVUELTA GONZÁLEZ.

COLM LENNON, *An Irish Prisoner of Conscience of the Tudor Era. Archbishop Richard Creagh of Armagh, 1523-1586* (Dublin, Four Courts Press, 2000), 166 pp. USD 30. ISBN: 1-85182-473-1.

Colm Lennon es un especialista en historia de Irlanda de la época isabelina. En este libro presenta una biografía de uno de los prelados irlandeses de la reforma católica que más repercusión ha tenido en la historia eclesiástica de Irlanda en la Edad Moderna. Los historiadores irlandeses siguen una línea biográfica que está dando buenos resultados respecto a los eclesiásticos (George Brown, John Bale, Richard Stanihurst, Peter Lombard, etc.), si bien hay ciertas lagunas importantes, como la biografía del franciscano Mateo de Oviedo, arzobispo de Dublín. El autor nos adentra en la azarosa vida de Creagh por medio de una narrativa ágil, con buena bibliografía y documentos inéditos del Archivo Vaticano y del Archivo Romano de la Compañía de Jesús. Lennon nos introduce también en el mundo de la Reforma y de la Contrarreforma en el siglo XVI en Irlanda. No se trata de una hagiografía, a pesar de que escribe la obra por encargo del Postulador de la Causa para su beatificación y canonización. Relucen aspectos interesantes de historia social y cultural de la «New Irish Reformation History».

Richard Creagh nació en Limerick, una vez hubo adquirido un buen conocimiento del latín fue a estudiar a la Universidad de Lovaina (1549-1555) gracias a una ayuda económica proporcionada por Carlos V. Allí obtiene la licenciatura en teología en 1555. Ordenado sacerdote comienza a tener buenas relaciones con jesuitas, teatinos y franciscanos. Ignacio de Loyola le recomienda al Cardenal Pole para su nombramiento como obispo de Limerick, posiblemente informado por el jesuita irlandés